

Jornadas de Estudio de Comunicación y Cultura

IDAES-UNSAM

7, 8 y 9 de agosto

Silvana Mercedes Casali. Instituto de Estudios Comunicacionales en Medios, Cultura y Poder Aníbal Ford (INESCO-FPyCS-CONICET/UNLP) silvana.m.casali@gmail.com

Mesa 1: Estudios sociales de la literatura y el teatro

Tormenta de memoria (involuntaria). El recuerdo intempestivo en la segunda generación de postdictadura

Resumen

Proponemos pensar las políticas de memoria, verdad y justicia impulsadas durante el proyecto kirchnerista (2003-2015) en su relación mediada con las obras literarias de la segunda generación de postdictadura, lo que nos permitirá observar lo decible y escribible en una época. Para tal fin, en primer lugar, ensayaremos algunas entradas a los conceptos de memoria y recuerdo. Luego, caracterizaremos brevemente el período en cuestión, haciendo hincapié en el retorno de lo político. Finalmente, abordaremos tres novelas de la segunda generación de postdictadura como estudio de caso que comparten lo que llamaremos “memoria por asalto”.

Tan es así que recuerdo que me quedé acostado con la mirada fija en un ángulo de la pieza a oscuras. Pedazos de antigua existencia, pero inconexos, pasaban como empujados por un viento, ante mis ojos. Nunca llegué a explicarme el misterioso mecanismo del recuerdo, que hace que en las circunstancias excepcionales de nuestra vida, de pronto adquiera una importancia casi extraordinaria el detalle insignificante y la imagen que durante años y años ha estado cubierta en nuestra memoria por el presente de la vida. Ignorábamos que existían aquellas fotografías interiores y de pronto el espeso velo que las cubre se rompe, y así, esa noche, en vez de pensar en Barsut me dejé estar allí, en ese triste cuarto de pensión, en la actitud de un hombre que espera la llegada de algo, de ese algo de que he hablado tantas veces, y que a mi modo de ver debía darle un giro inesperado a mi vida, destruir por completo el pasado, revelarme a mí mismo un hombre absolutamente distinto de lo que yo era.

Roberto Arlt. *Los siete locos*

Introducción. Sobre la capacidad de recordar

En las últimas décadas, mucho se ha escrito sobre la memoria en tanto campo de estudio, a tal punto que se han empleado palabras como “abuso” o “saturación” para referirse a lo que parecería ser un comportamiento compulsivo por ejercerla (Todorov, 2000; Huyssen, 2002; Robin, 2012). En nuestro país y en el continente latinoamericano, ha habido trabajos significativos que abordaron los ires y venires de la memoria respecto a la política y lo familiar (Jelin, 2002) y, de manera más específica, en su relación con el arte (Da Silva Catela, 2010; Avelar, 1999). Ahora bien, ¿qué hay con el recuerdo?

La teoría platónica de la reminiscencia planteaba que conocer es recordar, puesto que el recuerdo respondía a aquello que el alma había vivido en el mundo de las ideas. En este sentido, el conocimiento tendría su origen en la mente de quien conoce (de quien recuerda) antes que en el exterior de su alma.

En el pensamiento trágico, Aristóteles menciona el mecanismo de anagnórisis para referirse a ese momento de revelación o reconocimiento de un hecho que transforma la vida del protagonista para siempre, ya sea para mejorarla o para hundirla.

En “Desenterrar y recordar”, un brevísimo ensayo de Walter Benjamin (1992), encontramos que el medio para recordar aquello que se ha vivido es la memoria, y quien desee hacerlo deberá comportarse como un sujeto que excava, es decir, como un arqueólogo que deberá atravesar capas hasta llegar a una imagen por la que valió la pena el esfuerzo. Si bien Benjamin sugiere las ventajas de contar con un plan al momento de la excavación, también es necesario dar paladas a tuestas en la oscuridad. Y aunque el lugar exacto donde sucedió el hallazgo debe ser indicado, también se deben contar las capas de tierra que se han atravesado hasta llegar a él, y especialmente, tener en cuenta al que recuerda, con todo lo que debió atravesar. El hallazgo del recuerdo se complementa al tener en cuenta el camino de búsqueda, el contexto y el momento en los cuales el recuerdo ha emergido a la luz.

La figura del buscador aparece en “El narrador”, otro ensayo de Benjamin, quien construye dos tipos de narradores: el marino mercante que viaja para contar historias y el que se queda en su tierra y excava, a la manera de un arqueólogo que construye desde allí un relato basado en la experiencia local. Pareciera que siempre el recuerdo es una

actividad voluntaria, consciente. En sintonía con las formas de acceder a un recuerdo, Ricoeur (2004) retoma el binomio búsqueda/evocación de Bergson, donde la primera sería laboriosa, emprendida voluntariamente, aunque sin garantía de alcanzar el recuerdo (la “memoria feliz” de Ricoeur sucede cuando sí se logra) y la segunda “el advenimiento actual de un recuerdo” (Ricoeur, 2004: 46), es decir, cuando lo ausente se hace presente de forma instantánea.

Para Benjamin, la experiencia surge de la memoria involuntaria. Ese mecanismo en el que se juega el inconsciente (aunque también ayude la presencia de cierta persona, o la disposición de un ambiente) adquiere su forma bajo el nombre de recuerdo, y aquello que la memoria resguardaba del mundo exterior ahora está a la capacidad destructiva del recuerdo, yendo hacia la imagen para desmembrarla, para formar una experiencia nueva, a partir de la cual podrá reflexionarse.

Por su parte, Dalmaroni (2010) también acude a Benjamin para explicitar la diferencia entre memoria y recuerdo. Mientras aquella sería de carácter conservador, pues contiene las prácticas de repetición de un pasado estanco, el recuerdo va hacia el pasado para desmembrarlo, es destructivo. Allí donde la memoria protege las imágenes del pasado, el recuerdo las asalta, las toma por sorpresa. ¿Y si no fuera el recuerdo quien asalta las imágenes, sino que éstas, autónomas, asaltan al recuerdo y llegan hasta el presente?

Para Benjamin, “recuerdo” son esas imágenes que, como en Proust, “no atienden a ninguna señal de la consciencia e irrumpen en ella de modo inmediato” (1999: 129). El recuerdo, estímulo o shock –esa irrupción inmediata e imprevista– es justamente “lo que no ha sido ‘vivido’ explícita y conscientemente, lo que no le ha ocurrido al sujeto como ‘vivencia’” (1999: 129). Por ello es necesario atender a la figura del *resto* en tanto condición de la memoria (Dalmaroni, 2010: 10). Para el autor, el resto es una falta que implica “que algo se sustrae siempre a la memoria en el trance de una contingencia incalculada e innominada que no obstante irrumpe: la inminencia del resto, lejos de llenar un vacío nombrable (totalizable), abre otro” (Dalmaroni, 2010: 11). En sintonía con el Benjamin de “Sobre Baudelaire”, asegura que lo restante es lo inminente y difiriente, aquello que “interrumpe el curso y lo pone a inconsistir” (Dalmaroni, 2010: 12).

Por su parte, para Jelin (2002) existen vivencias que, por más que aparezcan en el presente, no necesariamente pueden integrarse narrativamente en un relato más amplio que las provea de sentido. “Los acontecimientos traumáticos conllevan grietas en la capacidad narrativa, huecos en la memoria. Como veremos, es la imposibilidad de dar sentido al acontecimiento pasado, la imposibilidad de incorporarlo narrativamente, coexistiendo con su presencia persistente y su manifestación en síntomas, lo que indica la presencia de lo traumático. En este nivel, el olvido no es ausencia o vacío. Es la presencia de esa ausencia, la representación de algo que estaba y ya no está, borrada, silenciada o negada.” (Jelin, 2002: 28). Nos encontraríamos, en estos casos, frente a la imposibilidad de elaborar el trauma y, por lo tanto, de hacerlo comunicable:

“Primero, importa tener o no tener palabras para expresar lo vivido, para construir la experiencia y la subjetividad a partir de eventos y acontecimientos que nos «chocan». Una de las características de las experiencias traumáticas es la masividad del impacto que provocan, creando un hueco en la capacidad de «ser hablado» o contado. Se provoca un agujero en la capacidad de representación psíquica. Faltan las palabras, faltan los recuerdos. La memoria queda desarticulada y sólo aparecen huellas dolorosas, patologías y silencios. Lo traumático altera la temporalidad de otros procesos psíquicos y la memoria no los puede tomar, no puede recuperar, transmitir o comunicar lo vivido.” (Jelin, 2002: 36).

Una vez recuperado un recuerdo, sea de forma consciente o inconsciente, una vez que ha podido ser articulado por algunas palabras, la decisión es qué hacer con él: mantenerlo para que forme parte de la memoria o devolverlo hacia el olvido. En el caso de recuerdos traumáticos, o referidos a situaciones traumáticas como una infancia bajo terrorismo estatal, la elección es difícil. Por un lado, se celebra la aparición del recuerdo; por otro lado, éste no siempre puede soportarse anímicamente, y si buscarlo no fue una decisión (porque irrumpió, asaltó la memoria), olvidarlo sí puede serlo.

Kirchnerismo: la irrupción de lo inesperado

Sabido es que el kirchnerismo, proyecto político que gobernó Argentina entre 2003-2015, ha sido reconocido por su política activa de derechos humanos. Su relación suele fecharse desde el 24 de marzo de 2004, cuando en el predio de lo que hoy es la ex ESMA, el presidente Néstor Kirchner reivindicó la lucha de los militantes setentistas, inscribiéndose generacional e ideológicamente en ella.

A ese gesto evidentemente simbólico se sumarían muchos otros, acompañados por políticas “más materiales” como la creación de centros memorialísticos, el impulso a la reapertura de juicios por causas de delitos de lesa humanidad, las políticas educativas de memoria y el debate en la opinión pública, entre otros. “Sin dejar de ver sus matices y claroscuros, es posible señalar que el proceso colectivo de construcción de memoria, verdad y justicia encontró su punto culminante en nuestro país a lo largo de los últimos doce años” (Loreti y Lozano, 2017: 294-295).

Estas nuevas políticas de memoria fueron asumidas como política de Estado, institucionalizando las demandas de las organizaciones de derechos humanos que hasta entonces, lógicamente habían visto en el Estado un actor terrorista, amparado en la teoría de los dos demonios primero, y en la mera impunidad más tarde. En este sentido, el gobierno kirchnerista “sentó una gran diferencia respecto de administraciones anteriores, llegando al punto de solicitar perdón a la sociedad en nombre del Estado argentino, por la situación de impunidad registrada a lo largo de dos décadas de Gobierno democrático respecto de las violaciones de derechos humanos durante aquella trágica época.” (Svampa, 2007: 42).

Si nos remontamos al momento en que surge institucionalmente el kirchnerismo, necesariamente debemos pensar en el 2001, la enorme crisis social y el fin del consenso neoliberal. Más allá de que el reclamo de los organismos de derechos humanos ha estado presente en la escena pública desde un primer momento, es interesante señalar que el pedido de justicia por los delitos de lesa humanidad no parecía ser prioritario entre las demandas de aquel diciembre de 2001. A diferencia del “que se vayan todos”, de recuperar los ahorros perdidos en el “corralito”, podríamos decir que “juicios a los genocidas” no era una demanda urgente que aglutinara a toda la sociedad. Aunque también podría pensarse que se trata de una misma demanda más general, como es la justicia.

Sin embargo, la recurrencia de la memoria setentista en el discurso presidencial ha estado desde el inicio del mandato de Néstor Kirchner (Montero, 2008), y luego en Cristina Fernández. Desde el comienzo, entonces, el proyecto kirchnerista ha articulado la demanda por la memoria, la verdad y la justicia al resto de las demandas sociales de comienzos de siglo, incorporando dichas políticas como fundamento del resto de medidas orientadas a construir una sociedad más justa. Sea por pertenencia generacional o por necesidad de construir legitimidad debido al bajo porcentaje de votos que obtuvo

Néstor Kirchner, lo cierto es que el debate por la memoria setentista y la reivindicación de los derechos humanos estuvo en agenda, hasta convertirse en uno de los imaginarios más fuertes del gobierno.

A partir de esto queremos señalar dos aspectos. En primer lugar, el carácter inesperado de la preponderancia que asumió el debate por los derechos humanos y la memoria setentista, su aparición en la escena pública y su capacidad de permanencia. Como un recuerdo primero, por su imprevisibilidad, como una memoria después, por su conservación en el tiempo. También aquí hay un incalculable, un resto, en el sentido que hemos visto con Dalmaroni (2010). En segundo lugar, su correspondencia con la emergencia de la segunda generación de postdictadura en la literatura.

Como sabemos con Williams, el arte es materialidad que, antes que reflejar la realidad, la construye con los sentimientos del presente y atravesado por *mediaciones*. Son ellas quienes nos permiten articular el mundo económico con el mundo cultural, entender que a determinados tiempos históricos les corresponderán hechos culturales que sólo pueden ser entendidos en su época.

Si “la voluntad de contar está absolutamente vinculada con la posibilidad de escuchar” (Jelin, 2002: 78), podemos decir que el período kirchnerista, al recuperar las demandas de los organismos de derechos humanos y convertirse en el primer discurso presidencial que construyó su identidad en base a una “memoria setentista” (Montero, 2008), propició un clima de época receptivo a las nuevas voces (las nuevas escrituras) que surgieron por esos años.

Consideramos que, en buena medida, este clima de época propició la emergencia de las novelas y cuentos de ficción de la segunda generación de postdictadura, mayoritariamente integrada por hijos e hijas de militantes de esa “generación diezmada” a la que el presidente Néstor Kirchner evocó en su discurso inaugural el 25 de mayo de 2003. Ambas narrativas contaron –a su modo y con sus herramientas– los recuerdos del pasado, y renovaron el campo de la memoria en nuestro país, sólo que el discurso político, por sus rasgos particulares, tendió a cristalizar la memoria, mientras que el discurso literario intentó poner en crisis esas representaciones institucionalizadas. Entre ambos, entonces, trazaremos una correspondencia; lo que media entre el universo político y el universo literario son, en definitiva, las palabras, el lenguaje.

Asaltadas por recuerdos

Raquel Robles (1971), Mariana Eva Perez (1977) y Ángela Urondo Raboy (1975) son tres escritoras de la segunda generación de postdictadura¹, hijas de desaparecidos que tematizan la memoria setentista mediante la escritura autoficcional de sus vidas cotidianas, marcadas por las consecuencias del terrorismo estatal. Sus narradoras son en algún momento niñas (la que construye Robles lo es todo el tiempo), y lo mencionamos porque, siguiendo a Jelin (2002), un acontecimiento histórico varía según la edad y el género que tenga el sujeto². Como niñas no pudieron comprender qué sucedía cuando desaparecían a sus padres, de interpretar ese acontecimiento que dejará marcas que se les presentarán en sus escrituras como recuerdos que asaltan.

Estamos ante una literatura en tensión, que discute las cristalizaciones del presente, configurando otras experiencias, diferentes a las que ha producido el discurso político. Son narradoras que excavan, que mediante la escritura realizan el gesto arqueológico que conlleva una búsqueda y que, en ese proceso, se ven asaltadas por la memoria involuntaria. Consideramos que esa dimensión activa de ir hacia el pasado descansa, al menos en parte, en la capacidad de la práctica escrituraria como forma de conocimiento, de puesta en palabras de recuerdos que parecían olvidados y como posibilidad de reconstrucción de un relato más completo.

Son, además, narradoras testigos: “Hay dos sentidos de la palabra «testigo» que entran en juego. Primero, es testigo quien vivió una experiencia y puede, en un momento posterior, narrarla, «dar testimonio». Se trata del testimonio en primera persona, por haber vivido lo que se intenta narrar. La noción de «testigo» también alude a un observador, a quien presencié un acontecimiento desde el lugar del tercero, que vio algo aunque no tuvo participación directa o involucramiento personal en el mismo. Su testimonio sirve para asegurar o verificar la existencia de cierto hecho.” (Jelin, 2002: 80). Robles, Perez y Urondo eran muy chicas cuando desaparecieron sus padres y, sin embargo, tienen algunos recuerdos, inclusive aun teniendo meses de vida, como es el

¹ Si bien la categorización es discutible porque pareciera desdibujar que los hijos fueron víctimas directas al haber estado en el momento de secuestro de sus padres, haber sido secuestrados ellos mismos, nacido en cautiverio o dados en adopción, también es cierto que funciona para subrayar una cuestión que tiene que ver más con las edades y las formas de abordaje del pasado que con la calidad de víctimas, que es indiscutible, y por eso los nombramos como “segunda generación de postdictadura”.

² “Vivir una guerra a los cinco, a los veinticinco o a los sesenta son fenómenos subjetivos distintos, como también lo es si uno está en el lugar de los hechos o a la distancia, o si se trata de un hombre o de una mujer. La edad, el momento de la vida en que suceden los acontecimientos, deja marcas específicas, porque afecta a condiciones de vida, experiencias y horizontes futuros. (Jelin, 2002: 119).

caso de Urondo y Perez. En todas ellas aparece una escena donde la memoria las “asalta”. Llamamos “memoria por asalto” a la aparición intempestiva e involuntaria de un recuerdo con gran carga afectiva (generalmente dolorosa). Puede generar en el protagonista el deseo de conservar ese recuerdo –y así archivarlo en la memoria–, u olvidarlo y afinar el mecanismo de preservación para evitar que recuerdos de ese estilo vuelvan a tomarlo desprevenido.

“Y cuando estás en cualquier otra cosa, ¡zas!”

En el caso de Raquel Robles, si bien en *Pequeños combatientes* (2013) el recuerdo que irrumpe en su narración no podría ser caracterizado como triste, sí resulta entristecedor para la narradora protagonista, y por eso prefiere olvidarlo: mientras habla de sus padres y de cómo se toma el tiempo para recordarlos, aclara que

“no me gustaba que los recuerdos me sorprendieran. Yo entendía muy bien cuando en los libros decían “lo asaltó un recuerdo”, porque cuando un recuerdo aparece sin estar uno preparado puede ser peor que un asalto. Una vez estábamos en el cumpleaños de un vecinito (...) y de repente frente a mí apareció una nena que sostenía un globo violeta (...) era un globo de esos que se van hacia arriba. Fue como si me hubieran tirado de un empujón hacia el centro de mi recuerdo y de pronto me encontré en el cuarto de mi mamá y mi papá, viendo cómo se pegaba al techo un globo violeta. Cuando mi mente volvió al cumpleaños la nena ya no estaba y había un payaso haciendo tonterías en el medio del patio.” (70)

En seguida leemos cómo la narradora cuenta que se largó a llorar “de una manera tan inesperada”, y como excusa dijo que le dolía la panza. Sus tíos vinieron a buscarla, la llevaron al médico, y aunque ella asegura que ya se le pasó, siguió llorando: “Todas las prácticas para controlar mis sentimientos, todo el entrenamiento frente al espejo, todo eso había quedado desbaratado por un globo violeta” (71). Su hermano menor se preocupa por ella, y por un sentimiento de culpa, la niña se promete a sí misma “no volver a dejarme sorprender por un recuerdo. Pero los recuerdos son jodidos, hacen lo que quieren. Cuando querés acordarte de algo, por más que intentes toda la noche no pasa nada, y cuando estás en cualquier otra cosa, ¡zas!, aparece uno y es como si un desconocido te pegara un cachetazo en plena calle sin ningún motivo. Aunque uno se haya entrenado todos los días durante mucho tiempo, no sirve de nada” (72).

“La magdalena de Proust, pero berreta”

La Princesa Montonera, narradora de *Diario de una princesa montonera, 110% de Verdad* (2012), describe a manera de diario íntimo³ la vida cotidiana de una hija de padres desaparecidos que ha superado la edad en que desaparecieron sus padres. Entre la necesidad de recordar otros aspectos de sus padres y continuar con su propia vida, entre el humor y la reflexión sobre los organismos de derechos humanos, la escritura académica y literaria, la narradora tiene varios sueños, y también recuerdos. Mencionaremos uno de ellos a los fines de nuestro trabajo. Allí cuenta que estando en una sesión de análisis, recuerda la casa donde vivió con sus padres hasta la desaparición, en la calle Gurruchaga: “Dije: yo estaba con mi mamá en casa. Apenas pronuncié esas palabras, vi caer del techo del consultorio un cometa naranja y tuve en las manos la sensación de tocar plástico” (91). Cuenta que sólo su abuela conoció esa casa (debido a la condición clandestina en que estaban obligados a vivir sus padres), y es a ella a quien le pregunta si “había algo naranja” en la casa, quien le responde: “tu juego de dormitorio era de laca naranja. Lo más parecido que tengo a un recuerdo de Paty y Jose [sus padres] son esas dos sensaciones simultáneas, el cometa naranja y la sensación de tocar plástico. Y son de esa casa” (91). Como podemos observar, aquí el recuerdo es especialmente sensorial: desde su inconsciente, el naranja y el plástico “asaltan” a la protagonista haciendo presente un detalle que implica una emocionalidad con la que la narradora parece poder lidiar.

“Tormenta de memorias involuntarias”

La figura de “tormenta” para asociar la imprevisibilidad de los recuerdos funciona, como vimos, a manera del “asalto” o de la “magdalena proustiana”, aunque esta última requiere un conocimiento literario específico. En *¿Quién te crees que sos?* (2012), Ángela Urondo Raboy⁴ asocia la provincia de Mendoza (de donde se llevaron a sus padres) con la posibilidad de recordar, entre la tensión –presente en todas las narrativas de hijos/as–de querer recordar y también olvidar, la posibilidad de que emerja un recuerdo feliz junto a otro traumático. Así, nombra “Merdoza” a la provincia, y dice que

³ En un trabajo anterior abordamos las implicancias de la escritura en blog (Casali, 2016).

⁴ Aquí narradora y autora parecieran ser la misma, pero su utilización del lenguaje estético y poético aún nos permitiría pensar esta novela más como autoficción que como autobiografía de pretensión testimonial.

“es lo más cerca que puedo estar de mi madre. Ir es siempre una mezcla loca de felicidad y honda pena. A veces, llama con alguna excusa, estreno de placa, promesa de mural, poemas, canciones, algún vinito tinto y una tormenta de memorias involuntarias, a puro golpe emotivo. Hay que ir, marcar *ese* lugar. Ese último lugar, donde... *dónde*. Marcarlo. Mi lugar. Pasa que *Merdoza* me debe un par de cosas.” (p. 62)

En otra entrada de la novela/diario⁵ de Urondo Raboy, ensaya palabras asociadas a la memoria y los recuerdos: “Recuerdos fragmentados, realidades incompatibles, sueños repetitivos sin aparente fundamento, insignificantes e incongruentes con la historia oficial. Recuerdos dormidos, peleando por despertar. Memoria reiterada. Sueños que asustaban cuando no sabía que ahí se refugiaban los recuerdos más antiguos, los cabos sueltos sin atar” La cita es extensa, y allí la narradora juega con la incomprendibilidad de sus sueños, con la capacidad de que transmitan algo más. Y casi que concluye “incapacitada para comprender mi memoria y mis miedos” (106).

Finalmente, destacamos una entrada que se titula “¿Te acordás?”. Luego del secuestro y desaparición de sus padres, la narradora de menos de un año es llevada a la casa cuna, y luego adoptada por sus tíos, quienes la crían pero no le explican, al crecer, qué es lo que verdaderamente sucedió con sus padres; ella entiende que se trató de un accidente automovilístico. Un día, tiempo después de la adopción, mientras está jugando en la casa de su abuela, su prima mayor le pregunta si recuerda de su “mamá anterior, de la verdadera” (104). Vale la pena la extensión de la escena:

“Y claro que sí, me acordé. Parte de mí sabía todo eso. Quedé petrificada ante el recuerdo, sufriendo por haberla olvidado. Lloré. Lloré mucho, con no más de 3 años y esa honda pena callada en el pecho. Una ventana difícil de abrir, pero capaz de cerrarse con facilidad, un solo golpe de viento y ¡blam! Nos agarra los dedos, haciéndonos aprender para siempre la lección. Cuando se supo por qué lloraba, se prohibió que se volviera a tocar el asunto. A partir de entonces, se reforzó el control sobre los temas abordados en mi presencia. Muchas veces más me acordé y me volví a olvidar” (104).

Notemos la coincidencia entre Robles y Urondo Raboy, pese a la distancia etaria de cada una cuando sus padres desaparecieron. Ambas usan la palabra “hondo” para

⁵ Al igual que *Diario de una princesa*, ¿*Quién te creés que sos?* también surge en formato blog.

adjetivar su pena y ambas usan una onomatopeya para nombrar el carácter intempestivo de algunos recuerdos: “zas”, “blam”.

Por otro lado, mientras que a la Princesa montonera el recuerdo del color naranja no le genera tristeza (al menos no lo explicita), para la Pequeña combatiente ese recuerdo le produce dolor, y demuestra una “falla” en el auto entrenamiento por hacerse fuerte, un “error” en el mecanismo que controla que lo que sucedió en el pasado no debilite sus fuerzas, su combate. Por su parte, la narradora de Urondo Raboy reflexiona permanentemente sobre el hecho de recordar, pero hay algunos recuerdos que, debido a su carácter traumático o a su falta de claridad, simplemente salen y entran involuntariamente de la zona del recuerdo. La diferencia es, entonces, que la protagonista no puede elegir qué recordar y qué olvidar, puesto que hay información que la propia familia le ha retaceado.

Si, como señala Benjamin, la memoria reduce al pasado, esteriliza y conserva, ubicando al recuerdo en un lugar de la consciencia, podemos decir que no todas las narradoras logran convertir sus recuerdos en escenas guardadas en la memoria. A excepción de la Princesa montonera que no se cuestiona qué hacer con ese recuerdo, las otras narradoras parecen no poder lidiar con sus recuerdos, porque son dolorosos. Mientras en Perez “la memoria es allí, entonces, una función del olvido, no viceversa.” (Dalmaroni, 2010: 13) y por eso puede continuar con su vida, en Robles y Urondo Raboy los recuerdos no se aceptan ni se incorporan o se convierten en memoria: permanecen allí, y pueden aparecer en el futuro. Lo que resta es fortalecerse para estar mejor preparada, “entrenarse”, “no volver a dejarme sorprender” por ellos, como se promete la pequeña combatiente.

Sólo cuando el olvido es una decisión que el personaje puede tomar, la mirada de Jelin (2002) echa luz sobre los recuerdos traumáticos: “Está también el olvido que Ricoeur denomina «evasivo», que refleja un intento de no recordar lo que puede herir. Se da especialmente en períodos históricos posteriores a grandes catástrofes sociales, masacres y genocidios, que generan entre quienes han sufrido la voluntad de no querer saber, de evadirse de los recuerdos para poder seguir viviendo (Semprún, 1997)” (Jelin, 2002: 31). Esa capacidad de elegir qué recuerdo se conserva, cuál se olvida y cómo hacer para evitar su regreso depende de la capacidad del sujeto en tanto “agente social con capacidad de respuesta y transformación”. De esta forma, lo que resta al sujeto es

trabajar sobre esa memoria, aunque “proponerse no recordar es como proponerse no percibir un olor, porque el recuerdo, como el olor, asalta, incluso cuando no es convocado” (Sarlo, 2005: 9).

Reflexiones finales

Recordar implica seleccionar: “la memoria es selectiva; la memoria total es imposible. Esto implica un primer tipo de olvido «necesario» para la sobrevivencia y el funcionamiento del sujeto individual y de los grupos y comunidades. Pero no hay un único tipo de olvido, sino una multiplicidad de situaciones en las cuales se manifiestan olvidos y silencios, con diversos «usos» y sentidos” (Jelin, 2002: 29). Como desarrollamos, Robles, Perez y Urondo Raboy abordan diferentes maneras de recordar y olvidar, dependiendo de la capacidad para afrontarlos, sumado a sus edades al momento de sucedidos los hechos.

Al realizar una contextualización del período político en el que emergieron estas obras, intentamos establecer una correspondencia entre el campo político y el literario. Si bien el arte y la literatura no suelen compartir los tiempos del decir y mucho menos las formas, pues “mantienen vínculos especialmente disimétricos y heterocrónicos con cualquier política de la memoria” (Dalmaroni, 2010: 9), consideramos que atender a las mediaciones que entre ellos existen permite enriquecer el análisis, atender a los puntos de encuentro (la memoria setentista) y a las diferencias de abordaje (las libertades de la imaginación que suele permitir el discurso literario frente al político, más restringido).

En ese camino, vimos que los recuerdos de las narradoras funcionaron como huellas «mnésicas» provenientes de un pasado que persiste en el presente, en su cotidiano de hijas de padres desaparecidos, pero también de escritoras que miran hacia el presente y el futuro, a la generación que les sigue. Esa persistencia clama por una interpretación de los recuerdos, pues las huellas, “en sí mismas, no constituyen «memoria» a menos que sean evocadas y ubicadas en un marco que les dé sentido. Se plantea aquí una segunda cuestión ligada al olvido: cómo superar las dificultades y acceder a esas huellas” (Jelin, 2002: 30). Mientras que a Perez el recuerdo intempestivo no la entristece y puede conservarlo en su memoria, Robles elige no volver a recordar el globo violeta, y reforzar su capacidad de detener el asalto de recuerdos. Urondo Raboy, por su parte, sabe que hay lugares que activan su memoria, como Mendoza, el lugar de desaparición

de sus padres, y puede prever que allí habrá recuerdos felices y otros dolorosos. Por otro lado, la falta de información que le dio su familia adoptiva sobre sus padres biológicos dificulta la libre elección de qué recordar y qué olvidar.

En todas ellas, la coincidencia está en la escritura, práctica que se convierte en la forma de trabajar con la memoria y los recuerdos, de lidiar con su irrupción por asalto y tomentosa, aun cuando es difícil poner palabras a esos recuerdos, porque además de todo se tiene que convivir con la certeza de que volverán a aparecer, y habrá que lidiar una vez más.

Bibliografía

- Avelar, I. (2000). *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Benjamin, W. (1936) *El narrador*. Disponible online en: http://www.catedras.fsoc.uba.ar/reale/benjamin_narrador.PDF
- (1992). “Desenterrar y recordar” en Cuadros de un pensamiento. Pp. 118-119.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Colección Memorias de la represión. Madrid: Siglo XXI de España Editores-Siglo XXI de Argentina Editores.
- da Silva Catela, L. (2001) *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de familiares de desaparecidos*. La Plata: Ediciones al Margen.
- Dalmaroni, M. (2010). “La obra y el resto: literatura y modos del archivo”. Revista Telar (7-8), 9-30. En Memoria Académica. Disponible en http://www.memoriafahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.9054/pr.9054.pdf
- Huyssen, A. *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México: FCE.
- Loreti, D. & Lozano, L. (2017). “Derechos humanos: de la amnistía encubierta a un modelo de justicia impartida”, en Pucciarelli, A. y Castellani, A. (Comp.), *Los años del kirchnerismo. La disputa hegemónica tras la crisis del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.
- Perez, M. E. (2012). *Diario de una princesa montonera. 110% de verdad*. Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económico.
- Robin, R. (2012) *La memoria saturada*. Buenos Aires: Waldhuter Editores.
- Robles, R. (2013). *Pequeños combatientes*. Buenos Aires, Alfaguara.
- Sarlo, B. (2005). *Tiempo Pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Svampa, M. (2007). “Las fronteras del Gobierno de Kirchner: entre la consolidación de lo viejo y las aspiraciones de lo nuevo”. CUADERNOS DEL CENDES. AÑO 24. N° 65. TERCERA ÉPOCA MAYO-AGOSTO 2007
- Todorov, T. (2000), *Los abusos de la memoria*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Urondo Raboy, A. (2012). *¿Quién te creés que sos?* Buenos Aires, Capital Intelectual.